

En defensa de las libertades democráticas

Contra el “libre comercio”

Tras la revuelta de Seattle contra la Tercera Conferencia Interministerial de la Organización Mundial de Comercio (OMC), en diciembre de 1999, quedó momentáneamente paralizado el mecanismo que impulsa y legaliza, a escala internacional, el intercambio desigual y la dependencia de los países pobres respecto a los ricos. Este mecanismo, que se presenta como dialogante, democrático y defensor del bienestar general, recibe el nombre de Ronda (o ciclo) de negociaciones multilaterales entre los 140 miembros de la OMC.

Frustrada la inauguración de la “Ronda del Milenio” de Seattle por la presión popular y por sus propias contradicciones internas, los países ricos retomaron la iniciativa en Noviembre de 2001, trasladando a Doha, capital del emirato de Qatar en el sur de la península arábiga, lejos del territorio habitual de los antiglobalización, la Cuarta Conferencia Interministerial de la OMC, bautizada con el nombre de “Ronda del Desarrollo” En la ciudad mejicana de Cancún, se reúne, del 10 al 14 de septiembre de 2003, la Quinta Conferencia Interministerial de la OMC para activar la ronda inaugurada en Doha.

El avance del “libre comercio” aumenta la independencia de los grandes negocios respecto a cualquier norma jurídica o ética. La Moneda Unica es la aplicación de esta estrategia a escala europea. En la retórica de la OMC, el discurso del libre comercio está plagado de declaraciones en defensa del medio ambiente, el pleno empleo y la soberanía de las instituciones democráticas. Pero su movimiento real, subordina todas estas “preocupaciones no comerciales” a la libertad de movimiento de los capitales, la centralidad del consumidor (ser humano reducido a su dimensión animal, deseante y solitaria) y a la producción de valor para los más fuertes, a costa de los más débiles.

El verdadero fin de la OMC consiste en la progresiva subordinación de todos los recursos materiales, sociales y humanos a la reproducción ampliada del capital. Bajo sus políticas los estados fortalecen su función represiva y de control social y debilitan su papel de garantizar los derechos y libertades de sus ciudadanos. Al propiciar la libertad de movimientos corporativos del gran capital transnacional, el Estado no se disuelve, dando paso al anarcocapitalismo, sino que reformula y resignifica sus tradicionales funciones de control, represión, legitimación y gobernabilidad, en el contexto del desquiciado proceso de una globalización capitalista, presidida, tras el 11 de septiembre de 2001 por guerras preventivas, ocupación de naciones, devastación y muerte.

Los efectos de las políticas de la OMC secundadas por la Unión Europea y por los gobiernos nacionales, son evidentes: precariedad, privatizaciones, inseguridad alimentaria, desnutrición, enfermedades y millones de muertes evitables, represión, embrutecimiento cultural, degradación de la democracia, genocidio laboral, guerras por el control de materias primas y zonas geoestratégicas, voladura de la legalidad, inseguridad jurídica, imperio de la violencia, la mentira de estado y la intimidación. El “libre comercio” progresa, a escala internacional, impulsado por EE UU, merced a un terrorismo de estado legalizado por la fuerza y legitimado, precisamente, en nombre de la lucha contra el terrorismo.

La creciente impotencia de la izquierda mayoritaria ante estos procesos, se transforma en creciente complicidad, como reguladora de los conflictos y resistencias descentradas que protagonizan las víctimas de la globalización. Dichas víctimas carecen de cualquier alternativa real para oponerse a esta dinámica. No es una alternativa real votar a partidos que impulsan la globalización, el militarismo, la OTAN y la guerra, aunque se opongan de palabra cuando les conviene, sobre todo cuando están en la

oposición y se aproximan las elecciones. No es alternativo un movimiento que se opone a la OMC pero que no menciona la política agraria común y las políticas que, desde 1986, la desarrollan en el Estado Español. Frente a este secuestro de la voluntad popular, tod@s desconfían, pero tod@s obedecen y cuando protestar no es peligroso, protestan. Pero ese movimiento desde el punto de vista de su capacidad para impedir los desmanes de la OMC, no es real.

En este contexto, el Movimiento Antiglobalización (MAG) irrumpe, desde finales de 1999, como una anomalía. La visualización política de la emergencia popular y de la represión que se abate sobre ella desde Seattle a Génova (julio de 2001), muestra la ausencia de cauces para una expresión democrática no controlada por los poderosos. Abre la posibilidad de que precarizad@s, inmigrantes, mujeres, consumidores y ciudadan@s se vean a sí mismos, en sus éxodos, huidas y mecanismos de adaptación, como parte de un sujeto colectivo actuante, influyente, existente, frente a la inseguridad y la resignación, oferta cotidiana del capitalismo global.

Es imprescindible hablar de la PAC en España para hablar de la OMC, al igual que lo es hablar de la OTAN y las Bases Norteamericanas en nuestro territorio para estar contra la guerra imperialista y colonial. Tampoco se puede hablar de democracia sin hablar de la República Española y del derecho de autodeterminación en Euskadi, ni de la lucha contra la precariedad y las privatizaciones sin hablar de nuestra pertenencia al euro, es decir, a la Europa del Capital.

La libertad de multinacionales y fondos de inversión es incompatible con los derechos humanos, la democracia y la justicia social. Sin límites políticos la globalización de la economía arrasa la naturaleza y la sociedad. Pero la viabilidad de cualquier control político depende, en última instancia, del control popular en nuestros propios modos de trabajo, cuidados, alimentación, consumo, ocio y participación política. Es ahí donde la globalización ha ganado, al incorporar los deseos de las víctimas a su lógica, reduciendo a las personas a la categoría de meros productores y consumidores de mercancías y haciendo retroceder la participación social a las mayorías silenciosas del franquismo. La izquierda cómplice tiene una responsabilidad central en este hecho.

La libertad del comercio y la autodeterminación del capital es incompatible con la libertad de las personas y la autodeterminación de los pueblos. El "libre comercio" necesita la inhibición de la participación social. El bipartidismo orgánico español, impulsa la globalización, el nacionalismo del consumo y la desactivación de cualquier movimiento social.

La Constitución Española, redactada bajo la amenaza de golpe militar, como un instrumento para el tránsito del modelo capitalista de acumulación del franquismo al modelo de acumulación capitalista global, excluyó de manera casi explícita el derecho de autodeterminación, que constituye el fundamento de la democracia. Desde entonces, la izquierda mayoritaria, cautiva y desarmada, en nombre de "otra globalización", ha cooperado, tanto desde la oposición como desde el gobierno, a cerrar todos los cauces para la democracia participativa y en particular, para la expresión legal y pacífica del movimiento popular vasco por el derecho de autodeterminación. Esta situación antidemocrática da alas a la expresión violenta de dicho conflicto, lo cual es utilizado por los globalizadores para atacar los derechos y libertades, no sólo de los violentos y no sólo en Euskadi, sino también de cualquier otra disidencia que no esté controlada por ellos.

Apoya las movilizaciones contra la Cumbre de la OMC entre los días 10 y 14 de septiembre y la movilización contra la ocupación de Iraq y Palestina por el regreso inmediato de las tropas españolas por el derecho de autodeterminación de los pueblos iraquí y palestino el 27 de septiembre. OTAN no. Bases fuera.

Area de Libertades del Movimiento contra la Globalización, la Europa del Capital y la Guerra.

Madrid. Septiembre de 2003